

Actividad

ACTIVIDAD. Lee la siguiente historia:

"Siempre me he preguntado por qué las chicas eran más malas que los chicos cuando se trataba de peleas. Era un día como otro cualquiera, subía las escaleras, la mochila en los hombros y una gran sonrisa a mi padre que me había acompañado al colegio. Trabajaba mucho porque estábamos solos, yo vivía con él desde que se divorció de mi mamá. Discutían todos los días y finalmente, cuando empezaba sexto grado, el juez me asignó a él porque era el único con un trabajo estable.

Volviendo a ese día, ese horrible día... Estaba en las escaleras y estaba feliz, después del cuarto o quinto escalón sentí que mi mochila me tiraba hacia atrás, un tirón fuerte y decidido que me hizo caer hacia atrás. No entendía lo que estaba pasando. Me dolía.

Dolor. Un dolor punzante al final de la espalda. Me había golpeado con los escalones, de nuevo sentía dolor. La cabeza. Un gran golpe en la cabeza. Delante de mí estaban Clara y Valentina: "¡Así aprendes a decir que hay deberes cuando a los profesores se les olvidan!". Se alejaron riendo y yo me quedé allí incrédula.

Me dolía más por dentro que por fuera. Llegué a clase sólo un poco tarde porque no tenía el valor de entrar llorando y fui al baño a enjuagarme la cara.

"¿Todo bien, Altegni?". "Sí, profesor", me limité a contestar, fingiendo calma, mientras oía de nuevo las risitas de Clara y Valentina. Pasé el recreo sentada pensando si contarle o no a mi padre lo que había pasado, pero él estaba muy cansado cuando llegó a casa a las nueve de la noche y yo no quería preocuparle también, era sólo una coincidencia, sólo un gesto estúpido. Eso pensaba, pero me equivocaba.

Los dos meses siguientes fueron un infierno: bromas, mis pertenencias acababan en la papelería y todos los recreos sin comer, porque mi almuerzo estaba destinado a los que no estaban llenos ese día.

Cada vez me sentía peor, los días en el colegio parecían no acabar nunca y no veía la hora de volver a casa, donde pasaba las tardes sola y triste, encerrada en mí misma como las flores por la noche que se cierran para protegerse del frío mientras yo sentía ese frío a mi alrededor.

Mis amigos, a los que conocía desde la escuela primaria, empezaron a notar que me comportaba diferente, ya que esos gestos cada día me dolían más y me costaban más de soportar. Al principio no tenía una respuesta que dar a sus preguntas, estaba enferma pero no quería entristecerlos, nadie querría contar cosas tan feas y tristes a sus amigos; me daba demasiada vergüenza. Mi padre no se daba cuenta de que adelgazaba, no se daba cuenta de que me pasaba horas llorando sola en el baño y ya no tenía ganas de hablar.

Estaba verdaderamente sola, sola como cuando uno tiene un gran problema y tiene mucho miedo a contarlo.

En el colegio la situación no hacía más que empeorar, cada vez me dominaba más lo que pasaba y el recreo era el peor momento del día.

"¿Por qué ya no puedo encontrar el dinero en mi banco?" Dijo Valentina con arrogancia. Tartamudeé algo indistinto.

"¿Cómo es que ya no puedes hablar? Y sin embargo hablas mucho con los profesores". Bajé los ojos.

"¡Mírame a la cara! Oh no, mamá y papá estaban demasiado ocupados discutiendo como para enseñarte modales".

No contesté.

"¡TE DIGO QUE ME MIRES!"

¡PAF!

Le di una bofetada, nunca pensé que podría golpear a mi compañera de clase, nunca lo hubiera hecho, no era propio de mí así que me arrepentí inmediatamente.

"¡Cómo te atreves estúpida!" Valentina no se lo esperaba, pensaba que podía insultarme cuando y cuanto le diera la gana. Corrió al baño con sus amigas persiguiéndola y yo con mi mano hormigueando de dolor.

Esa fue la última vez que me rebelé porque esa misma tarde Valentina llenó las redes sociales de fotos mostrando su mejilla roja y escritos llenos de odio.

Sólo ese hecho, no había ni rastro de lo que me había estado haciendo ella durante meses; no había pruebas de lo que sus amigos me habían hecho en las muñecas cada vez que tiraban de mí, no había ni una sola palabra que demostrara quién era la verdadera víctima. Estaba cansada de todo, incluso decidí no ir al colegio al día siguiente y luego al siguiente y así hasta el fin de semana. Papá no sabía nada.

El lunes siguiente entré en clase y me encontré con una profesora nueva, joven, sobre los treinta, el pelo oscuro lleno de rizos, una sonrisa amable que me calentó el corazón por un momento, haciéndome olvidar dónde estaba.

"Hola, ¿y usted es...?" "Michela, um... Michela Altegni". Debía de ser profesora sustituta o algo así, porque nunca la había visto, ni siquiera en el colegio.

"Hola chicos, soy la profesora Nille, Francesca Nille. Os enseñaré matemáticas y física durante los próximos tres meses, es decir, hasta el final de este curso escolar, porque vuestro profesor ha sido operado y por lo tanto seréis mi clase durante un tiempo". Era una persona energética y me

recordaba a quien fui yo tiempo atrás.

Los días siguientes ya nadie me molestaba, salvo algunos susurros y gritos en el baño y en el cambio de hora, algunas bromas sobre mi ropa. La profesora Nille me ayudaba, me explicaba las cosas una y otra vez si no las entendía y me empujaba a hacerlo lo mejor posible, llamándome a la pizarra y acallando algunas de las risitas habituales. Me apasionaban los temas científicos y casi me alegraba de ir a la escuela; al fin y al cabo, siempre me había gustado estudiar y aprender cosas nuevas.

Todo iba sobre ruedas cuando llegó mi cumpleaños y la pesadilla se manifestó de golpe. Toda la clase estaba llena de fotos y carteles, había animales y monstruos con mi cara y cáscaras de plátano y restos de comida en mi pupitre. Ese día a primera hora estaba programada la asamblea de clase y le había dicho la profesora Nille, que entraría media hora tarde para ir a hacerme los análisis de sangre a la clínica del pueblo.

Al parecer, alguien me oyó. Me quedé petrificado ante ese escenario, incrédula porque pensé que todo había terminado. Pero no. No había terminado en absoluto. Con las lágrimas cayendo por mi cara y las manos temblorosas por el miedo y el fuerte desánimo, me sentí arrastrada hacia la puerta por los continuos empujones de mis compañeros que me habían rodeado diciendo "ahora ya nunca serás feliz" "pensaba que podía salirse con la suya" "así aprende" "esta vez entenderás que es una perdedora" "¿la princesita tropezó con la zapatilla?". Abrieron la puerta y me echaron del aula. Corrí al baño, no quería creerlo. "¿Michela?" Dejé de sollozar y levanté la cara del lavabo sobre el que me había tirado para lavarme las lágrimas y la tristeza que parecían coser en mis ojos. Vi a la profesora Nille, tenía cara de preocupación. "Cuéntame qué ha pasado Michela, cálmate y respira"

Le conté mi situación, mi pasado con mis compañeros de clase y en cuanto llegué a lo que había pasado aquel día salió corriendo y la oí gritar: había entrado en mi clase y había visto lo que yo había visto justo antes.

Te puedes imaginar lo que pasó después de ese día, querida, llamaron al abuelo y a la abuela, el director nos hizo un largo discurso a todos los de la clase, pero entonces decidí cambiar de colegio; el abuelo pidió el traslado aquí, en Viterbo... ¡justo donde conocí a tu padre!".

"¡Santa Stephen!" dijo Francesca, mi pequeña Francesca que estaba haciendo en la escuela un proyecto contra el acoso en la provincia de Viterbo y me preguntó si alguna vez había vivido algo parecido. Eso me bastó para empezar a recordar aquellos meses negros del colegio.

"Mi amor recuerda siempre que todas esas cosas que parecen una broma, si se quedan en hechos aislados... todos juntos y repetidos en el tiempo tienen un nombre diferente. Se llama acoso y tú amor, tienes que llamarlo por su nombre, tu nombre es Francesca y el suyo es acoso, pero espero que nunca tengas que recordar esta palabra, significará que ese mal que le pasó a mamá no volverá a suceder y sólo será algo viejo, como la prehistoria." Le di un beso en la frente porque quizás era una conversación demasiado seria para una niña de primero de la ESO, pero creo que realmente entendió que cosas malas como esta no deberían pasar y en todo hay que llamarlas por su nombre y denunciarlas. El acoso parece un juego, pero es el juego que ningún niño debería

tener que aprender.

Historia sacada de:

<https://www.focusjunior.it/junior-reporter-news/racconto-bullismo-michela-fiore-di-notte/>

¡Llegó tu turno!

Después de leer esta historia, ¿por qué no intentas preguntar a tus padres si a tu edad vivieron experiencias similares a las de la madre de Michela?

Haz una entrevista basada en estas preguntas:

1. Hola mamá y papá, ¿cómo erais de pequeños?
2. ¿Erais tímidos o sociables?
3. ¿Te gustaba estudiar?
4. ¿Tus amigos te involucraban en las actividades de la tarde?
5. ¿O erais vosotros los que más implicabais a vuestros amigos?
6. Ahora que sois mayores y sois mis padres, ¿sabéis lo que es el acoso escolar? ¿Habéis oído hablar de él alguna vez de pequeños?
7. ¿Recordáis incidentes que hoy puedan describirse con el término "acoso escolar"?
8. En caso afirmativo, ¿podéis contarme al menos un incidente?
9. ¿Habéis hablado de ello con vuestros padres?

Gracias por responder a mis preguntas. Me han dicho que es importante hablar con un adulto sobre estos temas.

Revision #1

Created 30 August 2023 08:29:59 by Sandra Úbeda Jiménez

Updated 30 August 2023 08:30:17 by Sandra Úbeda Jiménez